

TOMAR LA INICIATIVA COMO ANCIANOS Y HERMANOS RESPONSABLES

(Sábado: segunda sesión de la mañana)

Mensaje cinco

Tomar la iniciativa de ser un hombre de oración

Lectura bíblica: Mt. 6:9-13; 14:19, 22-23; 6:6

- I. El ejemplo de oración que el Señor nos dio como modelo estimula nuestra búsqueda por el reino de los cielos, que es el deseo del corazón del Padre, y nos proporciona el suministro divino que necesitamos de la gracia, para cumplir los requisitos supremos y estrictos del reino de los cielos por causa del beneplácito del Padre—Mt. 6:9-13:**
- A. Debemos pedir que el nombre del Padre sea santificado—v. 9:
 - 1. Ser santificado significa ser separado y distinto de todo lo común—cfr. Ef. 1:4.
 - 2. Para que el nombre del Padre sea santificado, debemos expresarlo a Él en nuestra vida diaria al llevar una vida santificada, esto es, una vida que diariamente se separa de lo común y está saturada de la naturaleza santa del Padre—1 P. 3:15-16; Ef. 5:26; He. 12:10; 2 P. 1:4; cfr. Ez. 36:21.
 - B. Debemos pedir que venga el reino celestial del Padre—Mt. 6:10a:
 - 1. Antes de que Satanás cayera, cuando era arcángel, fue designado por Dios para ser el gobernador del mundo (Ez. 28:13-14); es por ello que es llamado el príncipe de este mundo (Jn. 12:31) y tiene en su mano todos los reinos de este mundo y la gloria de ellos (Lc. 4:6).
 - 2. A fin de que el reino de Dios pueda venir en su manifestación, nosotros debemos vivir en la realidad de Su reino hoy, permitiendo que Cristo como Espíritu vivificante nos gobierne interiormente, de modo que experimentemos justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo—Ro. 14:17.
 - C. Debemos pedir que la voluntad divina del Padre sea hecha en la tierra—Mt. 6:10b:
 - 1. El que la voluntad divina se haga en la tierra equivale a traer a la tierra el gobierno celestial, el reino de los cielos—cfr. 8:9a; Ro. 5:17.
 - 2. La voluntad de Dios es que Cristo reemplace todas las ofrendas del Antiguo Testamento, de modo que nosotros le disfrutemos como el todo al vivir y practicar la vida propia del Cuerpo con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo como organismo del Dios Triuno—He. 10:5-10; Ro. 12:2, 5; Ef. 1:5, 9-11.
 - D. Esta oración, como modelo, se ocupa primeramente del nombre de Dios, el reino de Dios y la voluntad de Dios y, en segundo lugar, de nuestra necesidad—Mt. 6:11:
 - 1. Estas tres cosas —el nombre, el reino y la voluntad— son los atributos del Dios Triuno único:
 - a. El nombre es el nombre del Padre, porque Él es la fuente; el reino es el reino del Hijo, y la voluntad es la voluntad del Espíritu.
 - b. Orar de este modo equivale a pedir que el Dios Triuno prevalezca en la tierra así como Él prevalece en el cielo.

2. El Señor nuestro Rey no desea que Su pueblo se preocupe por el día de mañana (v. 34); Él quiere que ellos oren únicamente por las necesidades de hoy, por el pan de cada día, lo cual implica un vivir por fe.
 3. Los ciudadanos del reino no deben depender de lo que han atesorado; antes bien, por fe deben vivir sustentados por la provisión diaria que reciben del Padre.
- E. En esta oración que nos fue dada como modelo, debemos ocuparnos de nuestros fracasos delante de Dios y de nuestra relación con los demás, pidiéndole al Padre que perdone nuestras deudas, así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores—v. 12.
- F. Esta oración, como modelo, muestra preocupación porque los ciudadanos del reino sean liberados del maligno y de cosas malignas—v. 13a:
1. Los ciudadanos del reino deben pedirle al Padre que no los meta en tentación, sino que los libre del maligno, el diablo, y del mal que procede de él.
 2. Pedirle al Señor que no nos meta en tentación indica que estamos conscientes de nuestra debilidad—cfr. 26:41; 1 Co. 10:13.
- G. Esta oración, como modelo, concluye con las palabras de los ciudadanos del reino en las que reconocen y alaban con reverencia, diciendo que el reino, el poder y la gloria le pertenecen al Padre para siempre—Mt. 6:13b:
1. El reino pertenece al Hijo y es el ámbito en el cual Dios ejerce Su poder; el poder pertenece al Espíritu, el cual lleva a cabo la intención de Dios para que el Padre pueda expresar Su gloria—cfr. 12:28.
 2. Esto nos muestra que la oración que el Señor nos enseña a hacer comienza con el Dios Triuno, en la secuencia de Padre, Hijo y Espíritu, y termina también con el Dios Triuno, pero en la secuencia de Hijo, Espíritu y Padre.
 3. Por lo tanto, la oración que el Señor enseña en Su suprema enseñanza comienza con Dios el Padre y concluye con Dios el Padre; Dios el Padre es tanto el comienzo como el final, el Alfa y la Omega—cfr. Ef. 4:6; 1 Co. 15:28.

II. Al realizar el milagro de alimentar a los cinco mil con cinco panes y dos peces, el Señor adiestró a Sus discípulos para que aprendieran de Él—Mt. 14:19; 11:29:

- A. Es fácil ver el milagro de alimentar a cinco mil personas con cinco panes y dos peces, pero se requiere revelación para conocer las lecciones de vida grandes y profundas que tenemos que aprender de Aquel que realizó este gran milagro—cfr. v. 25.
- B. Mateo 14:19 dice que Él tomó los cinco panes y los dos peces, y que cuando los iba a bendecir, levantó los ojos al cielo:
1. La frase *levantando los ojos al cielo* indica que Él acudía a Su fuente, al Padre que está en los cielos:
 - a. Esto da a entender que Él comprendía que la fuente de bendición no era Él mismo; el Padre que envía, y no el enviado, debe ser la fuente de la bendición—cfr. Ro. 11:36.
 - b. Independientemente de cuánto podamos hacer o sepamos hacer, debemos estar conscientes de que necesitamos que Aquel que nos envía dé Su bendición sobre lo que nosotros hacemos a fin de que podamos ser

- canales de suministro al confiar en Él, no en nosotros mismos—cfr. Mt. 14:19b; Nm. 6:22-27.
2. El hecho de que levantara los ojos al Padre que está en el cielo muestra que Él, en calidad del Hijo en la tierra enviado por el Padre que está en el cielo, era uno con el Padre y confiaba en Él—Jn. 10:30:
 - a. Lo que nosotros sepamos y podamos hacer no significa nada; ser uno con el Señor y confiar en Él lo es todo en nuestro ministerio—cfr. 1 Co. 2:3-4.
 - b. La bendición viene únicamente cuando somos uno con el Señor y confiamos en Él—cfr. 2 Co. 1:8-9.
 3. El Señor no hizo nada por Su propia cuenta—Jn. 5:19; cfr. Mt. 16:24:
 - a. Debemos negarnos a nosotros mismos y no tener la intención de hacer algo por nuestra propia cuenta, sino la intención de hacerlo todo dependiendo de Él.
 - b. Debemos continuamente ejercitar nuestro espíritu para rechazar el yo y vivir por otra vida mediante la abundante ministración del Espíritu de Jesucristo—Fil. 1:19-21a.
 4. El Señor no buscó Su propia voluntad, sino la voluntad del que lo había enviado—Jn. 5:30b; 6:38; Mt. 26:39, 42:
 - a. El Señor rechazó Sus ideas, Sus intenciones, Sus propósitos.
 - b. Todos nosotros debemos estar atentos a esto: cuando seamos enviados a realizar alguna obra, no debemos aprovechar esa oportunidad para procurar una meta personal; antes bien, debemos simplemente buscar la idea, el propósito, la meta y la intención del Señor, quien nos envía.
 5. El Señor no buscó Su propia gloria, sino la del Padre que lo había enviado—Jn. 7:18; 5:41; cfr. 12:43:
 - a. Ser ambicioso es buscar nuestra propia gloria—cfr. 3 Jn. 9.
 - b. Debemos ver que nuestro yo, nuestro propósito y nuestra ambición son tres “gusanos” muy destructivos en nuestra obra; debemos aprender a aborrecerlos.
 - c. Si hemos de ser usados continuamente por el Señor en Su recobro, debemos negarnos a nuestro yo, rechazar nuestros propósitos y renunciar a nuestra ambición—Mt. 16:24.
- C. Después de realizar el milagro, el Señor subió al monte a solas para orar—14:23; cfr. Lc. 6:12:
1. El Señor no se detuvo en el resultado del milagro con las multitudes, sino que se alejó para estar a solas con el Padre y orar en el monte:
 - a. La expresión *a solas* es muy significativa; quiere decir que Él no dejó que la gente supiera que iba a orar.
 - b. El Señor hizo que los discípulos lo dejaran solo a fin de tener más tiempo para orar a solas con el Padre—Mt. 14:22-23.
 - c. Él necesitaba orar a solas con Su Padre que está en el cielo a fin de ser uno con el Padre y tener al Padre con Él en todo lo que hacía en la tierra para el establecimiento del reino de los cielos.
 2. El Señor nos dijo: “Cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”—6:6:

- a. Cuando oramos con otros, no podemos disfrutar al Señor tan profundamente como cuando oramos con Él a solas; los ciudadanos del reino deben tener la experiencia de orar en su propio aposento, y de este modo tener contacto con su Padre celestial en secreto, experimentar algún disfrute secreto de su Padre y recibir de Él alguna respuesta secreta.
 - b. Al yo le agrada hacer cosas de manera pública y delante de los hombres; al yo le encanta ser glorificado, y a la carne le gusta ser vista.
 - c. Si oramos todos los días sin decirles nada a otros y sin dejar que se enteren de ello, esto significa que nosotros somos saludables y que estamos creciendo; si siempre les contamos a otros cuánto oramos, no sólo perderemos nuestra recompensa, sino que tampoco creceremos en vida ni seremos saludables—cfr. 13:6.
3. Tenemos que aprender a apartarnos de las multitudes, de nuestra familia, de nuestros amigos y de los hermanos de la iglesia, para ascender a un plano más elevado, a “un monte alto”, alejados de las multitudes, a fin de estar con el Padre a solas y en secreto para tener una comunión íntima con Él.
 4. El hecho de que el Señor subiera al monte para orar a solas indica que fue allí para pedirle al Padre que bendijera a todos los que se habían deleitado en el resultado del milagro, para que no se contentaran con la comida que perece, sino que buscaran la comida que a vida eterna permanece—Jn. 6:27.
 5. El hecho de que subiera al monte para orar a solas también indica que Él deseaba recibir instrucciones del Padre sobre cómo cuidar de las cinco mil personas que había alimentado con aquel milagro.
 6. Éstas son lecciones intrínsecas, profundas y llenas de vida; debemos aprender del Señor estas lecciones vivas a fin de poder experimentar del vivir del Dios-hombre.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

ADIELSTRA A SUS DISCÍPULOS PARA QUE APRENDAN DE ÉL EN EL MILAGRO DE ALIMENTAR A CINCO MIL PERSONAS

Toma los cinco panes y los dos peces, mira al cielo y los bendice

Al realizar el milagro de alimentar a cinco mil personas con cinco panes y dos peces, Él adiestró a Sus discípulos para que aprendieran de Él. En Mateo 11:29 el Señor dijo a los discípulos que ellos debían aprender de Él, dando a entender que Él era un modelo para ellos.

Mateo 14:19 dice que Él tomó los cinco panes y los dos peces y, cuando los iba a bendecir, levantó los ojos al cielo. En otras palabras, Él bendijo el alimento al levantar los ojos al cielo. *Levantar los ojos al cielo* indica que Él acudía al Padre que está en los cielos. Esto da a entender que Él sabía que el origen de las bendiciones no era Él mismo, pues Él era el enviado. El enviado no debe ser la fuente de la bendición. Aquel que envía, el Padre, debe ser la fuente de la bendición.

He aquí una gran lección que debemos aprender. La mayoría de los que leen la Biblia notan el milagro de crear algo de la nada que hizo el Señor Jesús en Mateo 14. Pero nosotros

debemos ver el patrón que Él estableció para nosotros aquí. Debemos recordar que Él alzó los ojos al Padre que está en los cielos y bendijo los cinco panes y los dos peces delante de Sus discípulos. Después de dar esta bendición, dijo a Sus discípulos lo que debían hacer. Sin duda alguna, lo que hizo era el modelo para que ellos hicieran lo mismo que Él. Según este patrón, tenemos que percatarnos de que no somos nosotros los que envían, sino los enviados. No importa cuánto podamos hacer, debemos entender que seguimos necesitando la bendición que procede de la fuente, de Aquel que envía, para poder comunicarla a los destinatarios. Ésta es una gran lección que quisiera subrayar.

Un colaborador que es invitado a compartir en algún sitio tal vez piense que por haber estado hablando de parte del Señor durante muchos años, sabe cómo dar un mensaje. Todos nosotros debemos hacer a un lado esta actitud y reconocer que no somos la fuente. Ninguna bendición proviene de nosotros. Independientemente de cuánto podamos hacer o cuánto sepamos, debemos estar conscientes de que necesitamos que Aquel que nos envía dé Su bendición sobre lo que nosotros hagamos y, por ende, necesitamos confiar en Él, no en nosotros mismos. Inclusive cuando participamos de nuestros alimentos, debemos aprender del Señor a acudir al Padre, quien es la fuente. Cuando bendecimos el alimento, debemos hacerlo alzando los ojos al origen de la bendición.

Es uno con el Padre

Al alzar los ojos al Padre que está en los cielos, el Hijo da a entender que como el Hijo en la tierra, enviado por el Padre que está en el cielo, Él era uno con el Padre y confiaba en Él (Jn. 10:30). Éste es un principio muy importante. Cuando hablo por el Señor, es imprescindible que tenga la sensación de que soy uno con Él y confío en Él. Lo que sé y lo que puedo hacer son cosas que no tienen ninguna importancia. Ser uno con el Señor y confiar en Él es lo único que cuenta en nuestro ministerio. No debemos ministrar la palabra metidos en nosotros mismos ni confiando en lo que podamos lograr. Si confiamos en lo que nosotros podemos hacer, estamos acabados. La bendición llega sólo cuando nuestro ser es uno con el Señor y confiamos en Él.

No hace nada por Su cuenta

El Señor no hizo nada por Su propia cuenta (Jn. 5:19). Esto también fue un modelo de acción para los discípulos. Él es la persona por medio de la cual todo el universo fue creado, y aún así, no obró por Su propia cuenta. Esto es negarse a Sí mismo, lo cual nos enseña mucho. Él dijo que todo el que lo quisiera seguir debía tomar su cruz y negarse a sí mismo (Mt. 16:24). Él llevó una vida de renunciación.

Los profesores ilustrados de las universidades hacen muchas cosas que atraen la atención de la gente, exhibiendo lo que ellos saben y lo que pueden lograr. Pero nosotros no somos los profesores de hoy; somos los Dios-hombres de hoy, la réplica de Jesús. Debemos negarnos a nosotros mismos y no tener la intención de hacer algo por nuestra propia cuenta, y sino la intención de hacerlo todo dependiendo de Él. En esto consiste la enseñanza de negarse a uno mismo al obrar para el Señor.

No procura Su propia voluntad

El Señor no procuró hacer Su propia voluntad, sino la voluntad del que lo había enviado (Jn. 5:30b). En primer lugar, Él se negó a Sí mismo; segundo, rechazó Sus ideas, Sus intenciones y Sus propósitos. Sólo buscó la voluntad del que lo había enviado. Todos nosotros debemos estar atentos a esto: cuando seamos enviados a hacer algo, no debemos aprovechar la oportunidad

para procurar una meta personal. Cuando llevamos a cabo la obra de Dios, ¿procuramos realizar nuestro propósito o el de Él? Al hermano Watchman Nee siempre le preocupaba que cuando enviaba a un hermano a la obra del Señor, ese hermano aprovechara la oportunidad para ocuparse de su propia intención.

En cierta ocasión mientras me preparaba para ir de Shanghái a Hangchow, el hermano Nee me dijo: “Witness, ¿con qué fin vas a Shanghái?”. Le contesté que iba a visitar a los hermanos allí. Me dijo que ésa era una respuesta errada. Yo debía contestar que iba a ese lugar a llevar a cabo el propósito de Dios. Si uno simplemente va a visitar a los hermanos, puede hacer muchas cosas por su cuenta. Puede usar la visita como una ocasión para realizar el propósito de uno en vez de buscar la voluntad del Señor. No es fácil tener un corazón puro, vacío de propósitos, metas e ideas. Debemos sencillamente buscar la idea, el propósito, la meta y la intención del Señor, que es quien nos envía. Esto requiere mucho aprendizaje.

En ocasiones algunos hermanos me preguntan qué me parece si aceptan la invitación que les hacen de ir a algún lugar. Mi sugerencia básica es: “¿Va usted allí a cumplir el propósito, la meta, la idea, la intención del Señor, es decir, Su voluntad, o va a aprovechar la oportunidad para realizar las intenciones y la voluntad de usted?”. Procurar realizar nuestras intenciones es impuro. Necesitamos ser purificados por la cruz. Debemos orar: “Señor, sálvame de ir para hacer algo según mi intención y mis ideas”. El Señor Jesús nunca trató de llevar a cabo Su propia idea ni Su propósito ni Su concepto ni Su intención. Él buscó con pureza solamente la voluntad del Padre.

No busca Su propia gloria

El primer Dios-hombre no buscó Su propia gloria, sino la del Padre que lo había enviado (Jn. 7:18). Yo estuve con el hermano Nee casi veinte años. Lo que a él más le turbaba de los colaboradores era la dificultad de hallar uno que no fuera ambicioso. Ser ambicioso equivale a buscar gloria personal. Al servir al Señor en la vida de iglesia, siempre está presente nuestra ambición. Es posible que un hermano tenga el deseo de ser anciano. A fin de lograr esto, él piensa que primero debe ser diácono. Para él, el diaconado es sólo un paso que tiene que escalar a fin de llegar al ancianato. No pensemos que nosotros estamos libres de este tipo de ambición. Todos somos descendientes de Adán, seres caídos que padecen de la misma enfermedad, el mismo pecado. La rebelión que tuvo lugar en nuestro medio hace siete años se debió exclusivamente a la ambición. A lo largo de los años he visto varios colaboradores arruinados por la ambición. Por la misericordia del Señor, he aprendido la clave de afrontar mi yo y mis intenciones, y esto me ha ayudado a negar mi propia gloria.

En Juan 7:18 el Señor dijo a los fariseos: “El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en Él injusticia”. Los fariseos buscaban su propia gloria. Según el contexto de este versículo, el Señor les dio a entender que si ellos no buscaran su propia gloria, sabrían que Él había sido enviado por el Padre.

Debemos ver que nuestro yo, nuestro propósito y nuestra ambición son tres “gusanos” muy destructivos en nuestra obra. Si hemos de ser usados continuamente por el Señor en Su recobro, tenemos que negarnos a nuestro yo, rechazar nuestros propósitos y renunciar a nuestra ambición. No debemos tener nuestro propósito personal, sino que debemos buscar exclusivamente la voluntad del Señor. Todos tenemos que aprender a decir no a estas tres cosas: el yo, el propósito personal y la ambición. Sólo necesitamos saber cómo laborar, cómo trabajar para el Señor negándonos a nosotros mismos, rechazando nuestro propósito y renunciando a

nuestra ambición. Nuestro yo, nuestro propósito y nuestra ambición son como serpientes o escorpiones que están en nosotros. Debemos aprender a aborrecerlos.

Sube al monte a solas para orar

Después de realizar el milagro, el Señor subió al monte a solas para orar (Mt. 14:23; cfr. Lc. 6:12).

No se detiene con las multitudes en el resultado del milagro

El Señor no se detuvo en el resultado del milagro con las multitudes, sino que se apartó para estar a solas con el Padre orando en el monte. Si vamos a cierto lugar y tenemos un gran éxito, ¿nos alejamos inmediatamente o nos quedamos allí disfrutando ese gran triunfo? Debemos observar al Señor Jesús y seguir Su ejemplo. Él no se detuvo en el resultado del gran milagro que acababa de realizar, sino que subió al monte a orar a solas. La expresión *a solas* tiene mucho significado. Quiere decir que Él no dejó que la gente supiera que Él se alejaba para orar. Si lo hubiera hecho, la gente lo habría seguido. Él se apartó para estar en oración con el Padre. Me agradan estas tres expresiones: *estar con el Padre, en el monte y a orar*. Debemos aprender del patrón que vemos aquí y esforzarnos por estar con Él en el monte orando. Al alzar los ojos al cielo, daba a entender que no confiaba en Sí mismo. El hecho de que subiera al monte indica que deseaba estar con el Padre en oración.

Orar en compañía de otros es bueno, pero con frecuencia necesitamos orar a solas. Cuando oramos con otros, no podemos disfrutar al Señor tan profundamente como cuando oramos a solas. El Señor Jesús nos dijo que cuando oramos debemos cerrar la puerta y a solas orar en secreto al Padre que nos ve allí (Mt. 6:6). Sólo entonces tenemos la sensación de cuán cerca Él está de nosotros y cuán cerca de Él estamos nosotros. Tenemos que aprender a apartarnos de las multitudes, de nuestra familia, de nuestros amigos y de los hermanos de la iglesia y ascender a una esfera más elevada, a “un monte alto”. Tenemos que subir y alejarnos de lo terrenal que está en los niveles más bajos. Necesitamos ascender a un nivel más elevado, alejados de la multitud, a fin de estar con el Padre a solas y en secreto para tener una comunión íntima con Él. Éste es el significado de estar en el monte orando.

Pide al Padre que bendiga a todos los que se habían deleitado en el resultado del milagro

Debemos considerar por qué el Señor Jesús fue al monte inmediatamente después de este milagro. Juan 6:27 nos dice por qué. Este versículo dice que después de hacer el milagro, el Señor Jesús dijo: “Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste Dios el Padre ha marcado con Su sello”. El Señor dijo a quienes había saciado que no buscaran la comida que perece, sino la comida que permanece para vida eterna. Yo creo que el Señor Jesús fue al monte a orar así: “Padre, oro a Ti estando bajo Tu bendición. Por Tu bendición Tú alimentaste a cinco mil personas, pero Padre, ellos sólo buscan el alimento que perece. Te pido que los bendigas a fin de que busquen la comida que permanece para vida eterna. Padre, Tú sabes que soy Tu enviado. Sólo yo puedo darles la comida que permanece para vida eterna, pero ellos no me conocen en este aspecto. Ellos solamente saben que puedo hacer el milagro de alimentarlos con comida física. Pero no saben que sólo Yo puedo darles el alimento constituido de vida eterna”. Creo que el Señor oró de este modo para darles más bendición.

Él fue al monte a solas para orar, lo cual indica que Él pedía al Padre que bendijera a todos los que habían disfrutado el resultado del milagro, pidiendo que no quedaran satisfechos con

la comida que perece, sino que buscaran el alimento que permanece para vida eterna y reconocieran que Él no sólo era el Hijo del Hombre, sino también el Hijo de Dios, Aquel que fue enviado y sellado por el Padre y que podía darles vida eterna. Cuando los cinco mil fueron alimentados por Él, reconocieron que Él era el poderoso Hijo del Hombre, pero no se dieron cuenta de que en realidad era el Hijo de Dios que no sólo había sido enviado, sino también sellado por el Padre. Era Él quien podía darles el pan que se relaciona con la vida eterna. Por esta razón, Él dio otra enseñanza en Juan 6. Allí el Señor reveló que Él es el pan que descendió del cielo, el pan de vida. Finalmente, nos dijo que este pan es Su palabra. “Las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida” (v. 63). Juan 3:34 dice que Él es el que habla la palabra y da el Espíritu sin medida. Conocerle así requiere una revelación; ésta fue la razón por la cual Él oró por ellos a solas en el monte.

Recibe instrucciones del Padre

Su ascenso al monte para orar a solas también indica que Él deseaba recibir del Padre instrucciones en cuanto a la manera de cuidar a esas cinco mil personas que había alimentado con el milagro.

En este estudio de cristalización de Mateo 14 vemos cuánta revelación necesitamos de parte del Señor para ver el significado intrínseco de Su palabra. Es fácil ver el milagro de alimentar a cinco mil personas con cinco panes y dos peces, pero se requiere revelación para conocer las lecciones profundas de Aquel que realizó este gran milagro. Estas son lecciones intrínsecas, profundas y llenas de vida. Conocer el gran milagro que el Señor hizo no nos da vida; sólo nos hace admirar las acciones externas del Señor. Pero ver todos los detalles en cuanto a las lecciones de la vida que debemos aprender del Señor con respecto a la forma en que efectuó el milagro, nos imparte vida. Necesitamos estas lecciones vivas del Señor a fin de poder experimentar del vivir del Dios-hombre. (*El vivir del Dios-hombre*, págs. 127-133)